

anuncie al mundo redimido la muerte del poder teocrático, que ha esclavizado por tantos siglos la conciencia humana. Cuando el viento de los sepuleros se levante llevado en sus giros estas palabras de resurrección á la tierra, Garibaldi descenderá á la vía Apia, y realizado el ideal de su vida, po-

drá dormir en paz bajo las piedras que guardan las cenizas de Góroliano y de Camilo, para mostrar al mundo con un sepulcro glorioso más en la Roma de los recuerdos que la libertad es la eterna casta esposa del heroísmo.

Fines de Julio de 1870.

CAPITULO XXXII.

LA SITUACION DE EUROPA.

Veamos la situación de Alemania. ¿Había previsto Bismark la guerra que la candidatura prusiana iba á suscitar? Cuéntase que esta eventualidad no se ocultó á los negociadores; pero el astuto ministro pidió que la dejaran completamente á su cuidado. Si había previsto la guerra no la había previsto para tan pronto. Cuando estalló, encontrábase él en Varzein, austero castillo de la Pomerania; su rey en Ems pasando la estación de baños como un buen padre de familia; la escuadra en los mares de la Gran Bretaña; situación que habrá dificultado mucho el regreso á los puertos del Báltico, exponiéndola á ser aniquilada por las poderosísimas escuadras francesas. Pero como Prusia es un pueblo militar, en pocos dias ha puesto sobre las armas su formidable ejército. En cuanto los síntomas de guerra se agravaron, partióse el rey á Berlin. Aguardábanle en la estación su hijo, su ministro, y varios generales del Estado Mayor. Al poner el pié en tierra le entregaron la declaración oficial del sangriento conflicto. Su sereno rostro se turbó, se oscurecieron sus ojos, y sus manos buscaron las manos de su hijo. Este llevó respetuosamente

B.

á los labios la mano paternal. Abrazóle el monarca, y por algunos momentos una emoción de tristeza profundísima reinó en el lugar donde estaban congregados los principales actores de esta gran tragedia, que puede ser para la humanidad una catástrofe. La voz de que la guerra estaba declarada corrió con la celeridad y el estruendo del rayo. El pueblo de Berlin manifestó un grande entusiasmo, ménos ostentoso, pero más reflexivo que el entusiasmo francés.

El Sur de Alemania era una incógnita para todos aquellos que estudian lijeramente las cuestiones europeas. Créase que, resentido con Prusia, amenazado en su autonomía, estaba pronto á declararse neutral, y quizá favorable al extranjero. No conoce Alemania quien así discurre. Todo alemán ama profundamente su pequeña patria, su estado diminuto, su municipio, su hogar. Si no tuviera tal pasión á todo aquello que está más cerca del individuo, no sería el germano un pueblo individualista. Pero ama también su gran patria, la tierra inmensa que ha sido la cuna de sus diversas razas, el espacio donde han brillado esos nombres ilustres como Lutero,

88

Guttenberg, Leibnitz, Kant, Goethe, Schiller y Hegel, que son la corona luminosa de un pueblo. En otro tiempo de ménos ilustracion, las dificultades para armonizar la grande pátria, la Alemania con la pequeña pátria, Sajonia, Suavia, Baviera, etc., podía llevarles hasta el error de pedir el auxilio extranjero. De este error se aprovechó Napoleon el Grande para sus campañas de Alemania. Mas hoy un sentimiento de solidaridad nacional, una idea clara del derecho humano, y una dolorosa experiencia de las humillaciones infligidas por el extranjero á la pátria les han demostrado que su vida debe unirse á la tierra alemana como el espíritu se une al cuerpo humano. Una separacion seria la muerte. Por eso las discordias se han olvidado, y las heridas se han cubierto y ocultado en el pabellon de la pátria. El Sur de Alemania peleará unido á las órdenes de Prusia, férreo brazo destinado á contener las ambiciones cesaristas y conquistadoras de Napoleon III. Baden, Wurtemberg, Baviera han llamado ya sus reservas.

¿Cuál es la actitud de Europa? Hay en primer lugar las nacionalidades pequeñas, colocadas entre Prusia y Francia, cuya neutralidad se halla asegurada por el derecho internacional europeo. La opinion se mueve en estos pequeños pueblos á impulsos de sus respetables intereses. Bélgica nada tiene que temer de Prusia, mucho de Francia. Si esta nacion se apodera de las provincias Rhinianas, necesita de Bélgica como los grandes rios necesitan de una desembocadura. Por eso Bélgica es enemiga de Francia, se arma contra las dos potencias, pone en pié de guerra cien mil hombres; corta sus comunicaciones, así por la frontera prusiana como por la frontera francesa; pero sus simpatías están por Prusia. Al revés, may al revés Holanda. Sus magníficos puertos son á la nacion prusiana indispensables. Y de aquí temor á su política, repugnancia á su victoria. Así como Bélgica se arma, en apariencia por su neu-

tralidad, y en realidad contra Francia; Holanda se arma, en apariencia con su neutralidad, y en realidad contra Prusia.

Tambien Suiza se conmueve. Las Cámaras federales demuestran que la autonomía de los cantones, la libertad de los ciudadanos, jamás serán incompatibles con la unidad de la pátria, ni con la fuerza necesaria á su defensa. A todo han atendido las Cámaras, á la integridad del territorio, al armamento nacional, á los créditos indispensables para la guerra, á la designacion del general en jefe y al armamento de las reservas. La pequeña República está pronta á defender su nacionalidad. Suiza tiene por su posicion, por su lengua, por su carácter, relaciones con Alemania estrechísimas; pero Suiza recela de la ambicion de Bismark y de su invasor militarismo. Para ella Alemania está destinada á formar en lo porvenir una confederacion tan libre y tan feliz como la confederacion helvética. Entusiasta del génio aleman y enemiga de su gobierno; simpática al pueblo francés, y resentida con Napoleon desde las anexionen de Saboya y Niza, que por mil títulos debieron ser neutralizadas y conferidas á la nacion Suiza, la pequeña República tiene una verdadera neutralidad moral, y se arma fuertemente sólo para conservar esta dichosa neutralidad.

En las grandes potencias hay mucha variedad de intereses. Inglaterra es por instinto enemiga de estas carnicerías internacionales, llamadas en nuestro pervertido lenguaje gloriosas batallas. Desde los tiempos de Napoleon tiene resuelto Inglaterra no combatir sino por el paso libre de sus buques á través de todos los mares. La lucha que ahora comienza, la subleva moralmente; y acusa á Napoleon de haberla injustamente provocado. Por su historia, por su raza, por su sangre, por su lenguaje, Inglaterra es un pueblo unido á Prusia. De allí salieron esos sajones que han fundado la libertad individual, el hogar inviolable, el Jurado, los grandes títulos del

pueblo británico á la supremacia moral en Europa. Pueblos germanos, pueblos protestantes, pueblos unidos por un ódio comun á los franceses y á los Bonapartes, Inglaterra y Prusia se entienden á través de los mares que las separan, y unen sus almas en el mismo pensamiento. Por eso la explosion de cólera contra Francia ha sido grande en Londres, y ha llegado hasta el seno mismo de las Cámaras. Las palabras de Disraeli expresaban una profunda conviccion, de que el grito de la conciencia humana haria detener la bárbara fatalidad de las armas. Y como Francia resulta hasta aquí responsable, contra Francia son todas sus protestas. Pero Prusia tiene relaciones con otra gran potencia, relaciones amenazadoras para Inglaterra, tiene relaciones con Rusia, que desea el Bósforo vedado á su ambicion por el comercio británico. A pesar de sus simpatías por Prusia, y de sus simpatías contra Francia, Inglaterra pelearia por su rival, si Rusia peleara por Prusia. Esta es una razon más para que la nacion británica pugne hasta el instante último por la paz de Europa. Ya ha declarado su neutralidad.

Las simpatías de Rusia son conocidas. El Austria é Italia se encuentran en posicion dificultosísima. Austria no puede olvidar que Prusia la ha humillado en Sadowah; pero tampoco puede olvidar que Prusia pelea hoy por la integridad de Alemania contra el conquistador extranjero. Si Austria fuese una potencia puramente eslava, dispondria á su arbitrio de sus destinos. Pero sus ocho millones de alemanes le impiden tomar las armas contra Alemania, y sus reinos eslavos le impiden tomar por Alemania las armas. Estos reinos temen además que volviendo á la confederacion germánica, ora por una alianza con Prusia, ora por una alianza con Francia, Austria emplease nuevamente la restauracion de su poder en subyugarlos. De aquí la neutralidad austriaca.

No ménos difícil es la posicion de Italia. A

Francia debe el comienzo de su independencia, la redencion del Milanesado, y el comienzo de su unidad, la batalla de Solferino. Pero á Prusia debe el remate de esa obra, el Cuadrilátero. Francia le impide perfeccionarla poseyendo á Roma, en tanto que Prusia le dejaria abierta la Ciudad Eterna. Es verdad que Francia le dió Solferino, pero tambien le ha dado Mentana. Es verdad que Francia le ha dado su unidad; pero esa unidad ha sido suficientemente pagada con Niza y con Saboya. El gobierno italiano podia dudar; pero el pueblo italiano está decididamente por Prusia.

Sólo una alianza quedaba á Napoleon, y era la alianza con Dinamarca. Mas el veto de Rusia impediria al pequeño estado escandinavo el tomar venganza de sus desgracias en las orillas del Elba. De suerte que hasta el momento en que escribo, el cielo europeo se muestra, para Bonaparte y su causa, encapotado, oscurísimo.

Mientras tanto el Emperador lo apercebe todo para la guerra. Su cuartel general será Nancy. Desde allí enviará á su derecha un gran cuerpo de ejército, que sin penetrar en Suiza, ataque el gran ducado de Baden y empiece una guerra formidable contra el Mediodía de Alemania. Desde allí enviará á su izquierda otro cuerpo de ejército que ataque y ocupe los principados del Rhin, los de aquella orilla. Y quedándose en el centro, aguardará á moverse cuando pueda él mismo y en persona dar un golpe decisivo. Las fuerzas se hallan muy equilibradas. Prusia tiene mejores generales, Francia mejores soldados; Prusia tiene grande resistencia, Francia grande ímpetu; Prusia sus fortalezas, Francia su furia. Jamás se vieron fuerzas tan iguales y contrarias. Otro dia hablaré de los resultados probables de esta lucha. Hoy el ánimo, embargado de profunda tristeza, sólo acierta á maldecir esos reyes, esos Césares, que necesitan, como los ídolos del Africa, sacrificios humanos.

Fines de Julio de 1870.

Hasta ahora la línea del Saar es la primera que los franceses acometen. Esta línea tiene grandes medios de defensa y ofrece enormes dificultades al desarrollo de numerosos ejércitos. La primer refriega ha sido un encuentro insignificante en el cual dos oficiales alemanes han caído presos, y uno inglés, que les acompañaba, muerto. El primer encuentro algo formal ha sido el encuentro cerca de Sarrebruk. Es un pequeño pueblo prusiano. Tiene un campo de maniobras cercado de álamos. Plaza militar, no se eleva, sin embargo, al carácter de plaza fuerte. Grandes bosques la rodean y en ellos se guarecen los soldados prusianos. Todo el día se consume en disparar tiros, cuyo blanco es la cabeza, el corazón, el cuerpo humano. Los franceses ensayan su Chassepot. A mil metros desmontan un ginete. Cada árbol es una fortaleza, cada pliegue del terreno una muralla. Las avanzadas de uno y otro campo no pueden verse sin dispararse mutuamente sus armas de fuego. Un cañón de fusil brilla á los rayos del sol, una detonación suena y resuena, una ligerísima humareda se forma y se disipa como el soplo, un hombre cae, y la tierra bebe con despiadada indiferencia su sangre para formar tal vez jugos que alimenten y sostengan á nuevos seres. Por fin se empeña una acción. Los franceses acometen con la celeridad del relámpago. Diez heridos, unos cuantos muertos de una y otra parte: Sarrebruk es tomado. Hé ahí ya una conquista francesa; hé ahí un nuevo nombre que inscribir en el Arco de la Estrella.

Mientras tanto, la posición de las diversas naciones europeas se determina, se aclara. Prusia muestra verdadera indignación contra Inglaterra porque sus minas proporcionan carbón á las escuadras y sus máquinas armas á los ejércitos de Francia. Las relaciones entre el gobierno británico y el gobierno prusiano, á pesar de las revelaciones de Bismark contra Napoleón, están de tal suerte tirantes que se teme mucho la retirada del embajador

inglés en Berlín. Esta actitud, sin embargo, no tranquiliza á Francia, pues algunos periódicos de París temen que Inglaterra quiera apoderarse de Amberes para defender por su cuenta y riesgo la neutralidad belga, mientras que otros temen, al verla aglomerar fuerzas y reunir naves en Malta é intentar una diversion de sus fuerzas hácia el Egipto. En realidad Inglaterra se arma contra el mayor y el más grave de sus peligros, contra los armamentos de Rusia.

No hay que dudarle; el patriotismo francés hoy está más unánime que al principio de la guerra. Ese canto de *La Marsellesa*, repetido en todos tonos y á todas horas por los ejércitos y por los ciudadanos, hace creer á los franceses que con la victoria militar va á volver la libertad republicana. ¡Error de los errores! La victoria de Francia es la victoria de Bonaparte. La Francia es una gran nación. Yo la reconozco cuando escribe con la pluma de Voltaire, cuando habla por la boca de Mirabeau, cuando canta las estrofas de *La Marsellesa*, cuando escribe en el Sinaí de la revolución los derechos del hombre, cuando pelea en Hoche por la libertad de los pueblos; pero no, no la reconozco cuando sacrifica la paz del mundo, y degüella un millón de hombres por asegurar la dinastía de los Bonapartes, eternos enemigos del derecho, sangrientos asesinos de la República.

Día 6 de Agosto.

Una prueba de lo terrible que se presentó esta guerra, es el ruido que han levantado los periódicos franceses con el encuentro de Sarrebruk. Una acción en que solo hay seis muertos por su parte y setenta y dos por parte de los prusianos, á la verdad no merecía tanto regocijo en los acostumbrados á contar por miles los muertos y por centenares de miles los soldados. El Emperador describe la acción con vivísimos colores, como si tuviera el presentimiento de que este debía ser el único próspero suceso de los comienzos de su guerra. Y presenta el príncipe imperial, á

ese pobre niño que á los catorce años debía pensar en los juegos inocentes de la infancia, como un héroe legendario, que ha visto pasar las balas sin asustarse, y caer los muertos sin conmoverse. Comprendo lo primero, comprendo que no se asustase ante la muerte. Un niño apenas alcanza los peligros que encierran las obras de destrucción de los hombres. Pero no comprendo lo segundo, no comprendo que viera caer, retorcerse, lanzar los quejidos de la agonía, espirar, morir, tintos en sangre, los pobres soldados, sin que su corazón se conmoviera. Eso no es verdad, eso no puede ser verdad. Para creerlo sería necesario creer que el niño era un Nerón, ó un Calígula, cruel é indiferente como aquellos bárbaros. Ese pobre niño representa un papel bien triste en una guerra de gigantes. Su inútil presencia en las batallas indica que Napoleón solo busca en la tempestad de esas guerras la corona de su hijo. El trono de los Césares debe alzarse sobre pirámides de huesos. Las dinastías de conquistadores tienen por genio protector la muerte. Como los antiguos hunnos lactan los Bonapartes á sus cachorros con sangre. Mas ¿se salvará la dinastía imperial? Malos síntomas se notan por todas partes. Los guardias móviles, que ha querido oponer Bonaparte al landwehr alemán, esa guardia en que entraban los jóvenes de veinte á treinta años, no ha respondido á su objeto. Hijos de familia, esposos que acababan de unirse á una mujer adorada, gente de varias y diversas ocupaciones, la vida militar los perturba en todos sus hábitos y en todos sus intereses. El pueblo francés dará siempre un grande ejército, da á veces voluntarios invencibles. Pero no puede dar una buena guardia móvil. Gritos muy hostiles al Imperio salen de sus filas. Clamores de «á París» en vez de «á Berlín» pueblan los aires de su campamento. Este sitio militar, que era para los soldados regulares como una fonda á cielo abierto, es para los guardias móviles como un desierto, inhospitalario desierto.

B.

La administración militar no ha ocurrido á nada. Ni alimento, ni camas, ni tiendas encuentran. Un ejército de mujeres que lloran desoladas sigue al ejército de jóvenes en cuyo ardimiento libraba Francia tantas esperanzas. La indisciplina estalla. El mariscal Canrobert quiere impedirla, pero en vano. El ejército regular extiende un cordón al rededor de la guardia móvil. Aquellos jóvenes en quienes Francia creía ver los voluntarios de 1792 son prisioneros.

Y no paran aquí las desdichas francesas. El plan de Napoleón más que plan de ataque parecía plan de sitio. Comprendiendo cómo el bloqueo marítimo circunvala á los alemanes, parece querer bloquearlos también por tierra. Así extiende su ejército en una línea inmensa, desde Thionville á Metz, y desde Metz á Estrasburgo. Este plan sería magnífico si no lo desconcertase un ataque de los prusianos. Este plan sería magnífico si el soldado francés tuviera tantas cualidades para la resistencia como tiene para marchar hácia adelante, ébrio de coraje. El golpe fatal á Francia suena. Entre Metz y Estrasburgo se levanta la plaza de Wissemburgo. Tres regimientos y alguna caballería la guarnecen. Al rayar el alba, un formidable ejército prusiano está á su vista. Lo manda el príncipe real de Prusia. Aquella es una verdadera sorpresa militar. Ocho ó diez mil franceses se encuentran frente á frente de tropas numerosísimas. La táctica moderna es eso: aglomerar en un punto por marchas rapidísimas fuerzas muy superiores á las fuerzas del enemigo, y conseguir así rápidamente una victoria. Los franceses combaten como fieras. Pero nada alcanzan. Contra la fatalidad no hay valor. Quinientos caen presos. Innumerables muertos y heridos, los demás se dispersan. El General de Brigada Donai muere sobre el campo de batalla. Ante este hecho militar el ánimo perplejo se pregunta ¿qué espías tienen los franceses? ¿Cómo no supieron la llegada de fuerzas tan superiores?